

Aquí vereis timon, allí la quilla,
Acullá diferentes materiales,
Cuerpos van ahogados por la orilla
De muchos caballeros principales,
Que iban con el dicho Bobadilla
Con prósperas riquezas y caudales;
El rey perdió grandísimo tesoro,
Y también aquel grande grano de oro.

De los cuatro navios (según fama)
Miraculosamente reservados,
Dos dellos arribaron á la Ozama,
De los embates graves mal parados,
Donde la triste nueva se derrama
Por parientes, por deudos, por criados;
Y visto tan atroce perdimiento
Hicieron doloroso sentimiento.

No se podían ver rostros enjutos,
Porque los ojos son manantiales,
En lágrimas eternas resolutos
Por el descurso destes funerales;
Los cuales, no sin gran pompa de lutos,
Celebraron los hombres principales,
Y porque fuese la razón notoria,
En cuatro versos suman el historia.

Plangimus Indorum diris submersa procellis
Corpora, jussa gravem non proferere viam.
Non nocuit nobis longævis credere dictis,
Sed nocuit semper spernere consilium.

Lora nuestra compañía Nunca dañó sabio viejo
Los primeros ahogados En el voto de concejo
En la nueva monarquía, Cuando se da buena maña;
Siendo antes avisados Mas no pocas veces dana,
Que detuviesen la vía. El huir de su consejo.

ELEGIA IV.

Muerte de CRISTÓBAL COLÓN, donde se cuenta lo que descubrió en el postrero viaje,

EN UN SOLO CANTO.

Quien hizo cosas dignas de memoria
Poniendo su vivir en detrimento,
En multitud de riesgos tan notoria
Cuanto pare la guerra, mar y viento,
Añade grandes colmos á su gloria
Gozar después de buen acabamiento,
Mayormente si en riesgos persevera
El espacio que dura su carrera.

Lo cual hizo Colón el almirante,
Pues aunque con vejez y fatigado,
Siempre quiso llevar más adelante
Aquel descubrimiento comenzado:
Sin que mal tropezon fuese bastante
A lo volver atrás de su cuidado,
Y de tantas fatigas en ninguna
Se consintió vencer de la fortuna.

Agora pues conclusas las procelas,
Y la soberbia grande del olaje,
Al manso viento hizo dar las velas
Con prevención de buen matalotaje;
Y en cuatro bien fornidas carabelas
A tierra firme hizo su viaje,
Para ver sus ancones y riberas,
E illa costeano mas de veras.

Y porque brevedad fué necesaria
En una variedad tan infinita,
Su tercera venida fué sumaria;
Pues casi por semejas se recita
De cómo descubrió costa de Paria
La Trinidad, Cubagua, Margarita,
Hasta llegar al mar de Venezuela,
Y agora van al cabo de la Vela.

De allí con mar bonanza, larga escota,
Por puertos, por bahías, por ancones,
La costa bajo llevan su derrota,
Comunicando varias naciones,
Que salían á ver la breve flota,
Holgándose de sus contrataciones;
Y en este tiempo ya se halló muestra
De habellos visitado gente nuestra.

Pues cuando la salida se le veda
A Colón, por las causas repetidas,
El capitán Alonso de Hojeda
Recorria también estas partidas:
Después del cual en blanco no se queda
El capitán Rodrigo de Bastidas,
Que siendo Colón preso vino apostá
A descubrir riquezas por la costa.

Añaden nuevas tierras á la carta,
No juntos sino cada cual distinto,
Descubren el ancon de Santa Marta,
De Chengue, de Naguanje con Chacinto;
Rescataron de oro copia harta,
La cual por no sabella no la pinto;
Pasan el río de la Magdalena
Y el puerto que llamaron Cartagena.

Un poco navegaron mas avante,
Pues de Uraba sacaron gran provecho;
Mas Cristóbal Colón el almirante,
Que no se contentaba con lo hecho,
Llevó sus velas muy mas adelante,
Pensando de hallar algun estrecho
Que para mar del sur le diese vía
Aunque para navios no le habia.

Para tomar la costa mas de veras
A Jamaica van atravesando,
Y coincide punta de Higueras,
Fueron la costa arriba navegando:
Ven playas, ven ancones, ven riberas,
La tierra de Veragua costeano,
Y en estas dilaciones y desvios
Perdieron de los cuatro dos navios.

Lo visto por los pasos ya contados
Por gran prolijidad no se replica,
Mas vistos sus navios abromados
Del tiempo que bajó la Costa-Rica,
Determinaron él y sus soldados
De volver á la isla Jamaica,
Faltos ya de salud y bastimentos,
Y por otros respetos descontentos.

Salen de Cativá las compañías
Dejando ya las bocas de los rios,
Y aquellas enseñadas y bahías
Con puntas peligrosas y bajos;
Y habiendo navegado muchos dias
En Jamaica meten los navios,
Y porque no podían sostenellos,
En tierra y al través dieron con ellos.

Allí por ser menor inconveniente
Hicieron los Colones su salida;
Trataronlos los indios blandamente
Y diéronles socorros de comida:
Adoleció gran parte de la gente,
Y toda se juzgaba por perdida;
Colón investigaba muchos modos,
Buscando su remedio y el de todos.

Aquel congojósimo cuidado
Con ningunos descuidos interpola,
Y de vacilaciones rodeado
Se quiso resumir en una sola,
Que fué rogar á Mendez su criado
Intente de pasar á la Española,
En canoa de un palo que tomasen,
E indios desta isla que bogasen.

Mendez, con fidelísimos respetos,
Loables en los siglos venideros,
Tuvo tan grandes riesgos por acetos
A truceo de salvar sus compañeros;
Fíjose de los mares inquietos
Y de los infieles marineros;
Muchos desconfiaban de su vida,
Mas él no rehusaba la partida.

Metió seis indios pues, gente salvaje,
En navio de una sola planta,
Meten agua y algun matalotaje
Para quien del peligro no se espanta;
Favorezca Dios en el viaje,
Que bien ha menester ayuda santa,
Partióse finalmente con bonanza,
Debajo de divina confianza.

Los que quedaron libres de dolencia,
Por imitar aquesta maravilla,
A Colón le negaron obediencia,
Apartándose del cierta cuadrilla:
Siendo caudillos desta competencia
Los dos hermanos Porrás de Sevilla,
Que por ir á la isla ya nombrada
Hicieron de canoas un armada.

Aderezados pues desta manera
Embarcose gran copia de soldados,
Y al tiempo que iban ya de mar en fuera
Algunos dellos fueron anegados;
Tornaron á volver á la ribera,
Del inquieto mar siendo forzados,
Espadas y rodela en las manos
Con temor de Colón y sus hermanos.

Imaginando pues aquel que yerra
Las cosas que el contrario suyo piensa,
Después que estos saltaron en la tierra
Temian el castigo de la ofensa;
Y así los ven poner en son de guerra
Dispuestos á morir por su defensa;
Alteráronse mucho los Colones,
Reconociadas estas intenciones.

Armaron luego todos sus tullidos
Con espadas, rodela ó con lanzas;
Los rebeldes son acometidos
Que de vencer tenían esperanzas;
Mas con facilidad fueron vencidos
Sin usarse con ellos de venganzas,
Puesto que en los primeros desconciertos
Cuatro por defenderse fueron muertos.

Pues también se rompió la fuerte malla
De golpes que se dieron inhumanos;
Fué poco mas sangrienta la batalla
Después que ya vinieron á las manos;
Y es esta la primera que se halla
En Indias de cristianos con cristianos;
Los indios, por los ver tan diferentes,
Ya tenían en poco nuestras gentes.

Cumplian antes bien sus mandamientos,
Y eran sus voluntades ya contrarias,
Pues no venían á los aposentos
A los ver y servir en cosas varias;
Tampoco les traían alimentos
Ni cosa de las cosas necesarias,
Y para los volver mas á su mano
Un remedio pensó que no fué vano.

El astucia que digo fué pues esta,
La cual salió tan bien como queria:
Entendia por regla manifiesta
Que la luna, según astrología,
Por la sombra del globo contrapuesta
Se habia de eclipsar en cierto dia,
Y por ser el eclipse por entero,
Habia de ser algo duradero.

Llamó los indios pues á su presencia,
Y dijo: «por no darnos alimento,
Yerna sobre vosotros pestilencia,
La luna hará grande sentimiento;
Y aquesta no será vana sentencia,
Pues tal dia vereis el cumplimiento;
Por tanto, si quereis salud y vida,
Mirá que no nos falte la comida.»

Los indios estuvieron muy alerta;
Y, el tiempo señalado ya venido,
Pudieron conocer por cosa cierta
Lo que Colón habia conocido;
La luna dicen todos estar muerta,
De cuya causa dan gran alarido,
Y según otras muchas veces vemos,
Comienzan á hacer grandes estremos.

Pidiéronles perdón á los Colones,
Del pasado rigor arrepentidos;
Acuden con preseas y con dones
Como si fueran dioses conocidos;
Y así, pasadas estas turbaciones,
Fueron bastantemente proveidos,
Dándoles de comer sin interese,
Entre tanto que Dios los proveyese.

El mozo Diego Mendez sus intentos
Por las ondas de aguas proseguía,
Sin ver zozobras dellas ni de vientos,
Que fuesen turbadores de su vía;
Los indios muy alegres y contentos,
Sin se cansar de noche ni de dia,
Hasta que ya hicieron su llegada
A la tierra que tienen deseada.

Saltaron en un río descubierta
Adonde se estuvieron refrescando,
Y luego por buen orden y concierto
Se fueron por la costa navegando,
Hasta tanto que dieron en el puerto
Adonde estaba Nicolás de Ovando,
Al cual con la debida cortesía
Dio Mendez los recados que traía.

Como bueno, fiel y vigilante,
En contalle trabajos se desvela;
Mas no sintiendo bien del almirante,
Ovando concebía ser novela;
Todavía, debajo buen semblante,
Mandó llevarles una carabela;
Mas dicen que no fué con intenciones
De traer á la isla los Colones.

El Mendez, sospechando tal desvío,
Como bien comedido y avisado,
Compró de sus dineros un navío,
De cosas convinientes pertrechado:
El cual les envió con buen ayio,
Y la razón de todo lo pasado;
Y despachado con matalotaje,
El hizo para España su viaje.

Libre de sinsabores de tormenta,
Con próspero suceso tomó puerto;
Su prolijo viaje representa
Escrito por buen orden y concierto,
Ante los reyes, dando larga cuenta
De lo mucho que habían descubierto,
El riesgo que corrieron sus vasallos,
Y lo que hizo él para librallos.

Dadas sus relaciones por entero,
Como dicen acá de popa á proa,
Por parecerle bien al rey guerrero
Aquella lealtad digna de loa,
Al Diego Mendez hizo caballero
Con rentas, y por arbas la canoa;
Que suelen reyes dar honores tales
A los vasallos buenos y leales.

Las carabelas pues apercebidas
Que para los Colones enviaban,
Tomaron las riberas conocidas
Por los indios que dentro se tornaban
Fueron con gran contento recibidas
De los que sus socorros esperaban,
Y por estar el mar todo quieto
La partida pusieron en efeto.

Levan las anclas, guindan las entenas
Ayudados de vientos principales,
Apártanse del puerto no sin penas
De aquellos moradores naturales,
Que los tenían ya por gentes buenas,
Y casi que por hombres celestiales;
Por la derrota pues de claro fino
A la Española hacen su camino.

En el puerto de Ozama conocido
Metió Colón su gente destrozada,
Fué con aplauso grande recibido
De toda la ciudad conmemorada,
Y el buen comendador de comedido
Lo quiso regalar en su posada;
Vió sus haciendas, minas y enadrilla,
Y luego se partió para Castilla.

Embarcose con gracia del Ovando,
Guió las velas ácia la Saona,
Llegaron á Castilla, y en llegando
Fué donde estaba la real corona;
Recebiólo muy bien el rey Fernando,
Y hizo gran caudal de su persona;
Procuró de hacer su causa blanda
Con pio de volver á su demanda.

Mas como ya de tan prolijas vias
De salud se sintiese no bien sano,
Ocupó su vivir en obras pias
Con pia, liberal y franca mano;
Y dende á poco dió fin á sus dias,
Haciendo diligencias de cristiano;
Y así se remató tan santamente
La vida de varon tan excelente.

A gran admiracion, á gran espanto
Pensando sus grandezas me provocho,
Y su mayor loor en cualquier canto
No se podrá decir exceso loco:
Pues Castilla y Leon le debe tanto,
Que cuanto puedo yo decir es poco;
No procuró deleites ni gasajos,
Mas sufridor fué grande de trabajos.

De Nervi natural, lugar honesto,
Que dicen descender de Lombardia,
Severo, rojo, de pecoso gesto,
Feroz en muchas cosas que hacia;
Alto de cuerpo, pero bien compuesto
En cuantas proporciones poseia,
Varon en sus intentos fué notable,
Y en el salir con ellos admirable.

Dejó dos hijos, dignos de su nombre:
Don Fernando, que nunca fué casado,
En letras, en virtud, insigne hombre;
Don Diego, sucesor en el estado,
De duque y almirante con renombre,
Segun después dirá nuestro tratado,
Con quien casó la gran doña Maria
Que de la casa de Alba descendia.

Los funerales desta maravilla
Honraron valerosos caballeros;
Y no tan solamente de Castilla,
Pero también de reinos extranjeros;
Y dentro de las cuevas de Sevilla
Lo hacen sepultar sus herederos,
Y dicen que en la parte do yacia
Pusieron epigrama que decia:

*Hic locus abscondit præclari membra Coloni,
Cuius sacramentum nomen ad astra volat.
Non satis minus erat sibi mandatus notus, et orbem
Ignotum præcis omnibus ipse dedit.
Dignitas summæ terris dispersit in omnes,
Atque animas celo tradidit innumeratas.
Invenit campos divinis legibus aptos,
Regibus et nostris prospera regna dedit.*

Este poco compás que ves encierra
Aquel varon que dió tan alto vuelo,
Que no se contentó con nuestro suelo,
Y por darnos un nuevo se destierra,
Dió riquezas inmensas á la tierra,
Innumerables ánimas al cielo.
Halló donde plantar divinas leyes,
Y prósperas provincias á sus reyes.

ELEGIA IV.

A la muerte de don DIEGO COLON, segundo almirante,
donde ansimismo se cuentan otras muchas diversidades
de cosas acontecidas en la Española después que murió
don Cristóbal Colon.

CANTO PRIMERO.

Mi voz enronquecida se levante,
Y avive lo posible sus acentos,
Para que con heróica lengua cante
Los varios y diversos movimientos,
Que tengo de decir mas adelante;
Y á vueltas de contentos descontentos;
Pues no fué tan constante la ventura
Que nos pueda vender hora segura.

Pues así como nuevas amistades
No ponen su fiel muy en lo cierto,
Nacen en tierras nuevas novedades
Primero que se pongan en su cierto,
Hasta tanto que destas variedades
Se hace quien las rige mas esperto,
Do buen juicio y buenas intenciones
Valen mas que Felinos y Jasones.

No condono, lector, lo que barruntas,
Ni me parecen mal estas escuelas,
Porque con ley de Dios andando juntas
Es, como dicen, miel sobre hojuelas;
Pero si das razon á mis preguntas,
Por ventura ternás dolor de muelas,
Tornarás en hablar alguna pieza
Rascándote sin gana la cabeza.

Si fuesen mas al claro mis razones,
Venias á partarte los oidos,
Tratando de jueces mocetones,
Grandes de gorra, largos de vestidos,
Que salen solemnissimos ladrones,
Desvergonzados, sucios, atrevidos,
Que no hallan en ley mas fundamentos
Que sus antojos, gustos y contentos.

Unos vienen con sed de los infiernos,
Y tal que cosa no se les escapa,
Otros con grandes cofres de cuernos,
Y son de necesidades gran solapa,
Y acontece tener buenos gobiernos
Sin letras un varon de espada y capa,
Porque su buen juicio le da ciencia,
Con el temor de Dios y su conciencia.

Sin usar de ninguna demasia
Podremos decir esto del Ovando;
Pues con el santo celo que tenia
Todo lo mal digesto hizo blando:
Dichoso le llamaron aquel dia
Y tiempo que en las Indias tuvo mando;
Porque sin los reveses de malicia
Se besaban la paz y la justicia.

Entonces, como ya dicho tenemos,
Del todo se pasó con sus officios
La próspera ciudad donde la vemos,
Con todas sus familias y servicios;
Hicieronse las casas con extremos
De grandes y soberbios edificios
Iglesia catedral de gran nobleza,
Fuente y esclarecida fortaleza.

Renta se señaló para servilla
A hombres que podian merecilla,
Y fué don fray Garcia de Padilla,
Franciscano, primer obispo della;
No tomó posesion en esa silla,
Por morir antes de venir á ella;
Sucedióle Alejandro Geraldino,
Varon romano y hombre della dino.

Desta isla no fué la menor pieza
La Concepcion, que dicen de la Vega,
Pues ella de por sí tuvo cabeza
Do catedral iglesia se congrega;
Fué don Pedro Suarez, el de Zeza,
El obispo primero que le llega,
Hombre que de sus rentas tuvo largo,
Y el primero que vino con tal cargo.

Fué la renta después menoscabada,
Y porque ya cumplia que así fuese,
Hicieron de las dos una manada
Debajo de un pastor que las rigiese;
Y fué prior, y de la Mejorada
Primero que gozó del interese,
Dijose fray Luis de Figueroa,
Varon á quien se debe mucha loa.

En estos sobredichos hemisferios
Y por aquellos tiempos venturosos,
Se fundaron insignes monasterios,
Con santos y con dotos religiosos,
En parte no vacante de misterios,
Pues sucedieron casos milagrosos,
Y mas en esta Vega que señalo,
Noble por devocion del santo palo.

Y así fué la verdad, que en estos llanos
Por ser de poblacion enoblecida,
Mandarón el Colon y sus hermanos,
En la segunda vez de su venida,
Levantar una cruz á los cristianos,
Planta de sanidad, árbol de vida;
Fueron á ello doce marineros,
Con otros tantos nobles caballeros.

Señalóles Colon una ladera,
Opuesta por delante de su viso,
Do se manifestaba muy afuera
Un árbol bien compuesto, limpio, liso,
De una hermosissima madera,
Y tal en proporecion cual él lo quiso;
Y dicen muchos que después ni antes
No se hallaron plantas semejantes.

El Cristóbal Colon mandó hacella
A honestos y devotos oficiales;
Salió después de hecha cosa bella,
Plantáronla los hombres principales;
Postráronse después delante della,
Presentes muchos indios naturales;
Adorábala nuestra compañía,
Después que la pusieron, cada dia.

Después de muchos dias, cierto dia
Un indio hechicero y adevino
Quiso, segun costumbre que tenia,
Hablar con un espíritu malino;
Allí, como la cruz reconocia,
A sus invocaciones nunca vino,
Hasta tanto que por camino vario
Pasó después á otro santuario.

Hizo sus ademanes y semblantes
Con un nefando y execrable canto,
Quejose del por no le venir antes
Habiéndolo llamado tiempo tanto;
El diablo le dijo: «no te espantes,
Que aquella cruz me da muy gran espanto;
Por tanto quien contento me desea
Póngala donde nunca yo la vea.»

El infiel bestial incontinente,
Oída del demonio la respuesta,
Hizo juntar gran número de gente
Para quitar la cruz que estaba puesta:
En lo cual trabajaron grandemente,
Pero su vehemencia nada presta,
Pues cuanto mas trabajo se ponía
Mucho menos efeto se hacia.

Pues como no pudieron arrancalla,
Tan grande muchedumbre como era,
Determinaron luego de quemalla
Con cantidad de leños y madera;
Mas viaula quedar desta batalla
Mas sana, mas lucida, mas entera;
Al fin como bestiales engañados
Pecaban con quedar maravillados.

Después que por los nuestros fué sabida
Reliquia de tan gran manifiencia,
Hicieronle capilla recogida,
Adonde se guardó con gran decencia;
Y en estos nuestros tiempos es tenida
En gran honor y grande reverencia,
Y corren por el mundo cantidades
Para salud de mil enfermedades.

Destos regalos pues están gozando
Los desta isla ya bien proveída,
Con el justo gobierno del Ovando,
Medido por justissima medida;
Y la ciudad entonces era cuando
Se vido mucho mas engrandecida;
Está su poblazon tan compasada,
Que ninguna sé yo mejor trazada.

Pues por aquel lugar do la veis puesta,
Que desde el rio hace las subidas,
Es una llana mesa bien compuesta
Con maravillosissimas salidas:
En todas proporciones bien digesta,
Amplas calles, graciosas, bien medidas;
Es finalmente toda su postura
Un peso y un nivel sin torcedura.

Ninguna cosa, por menor que sea,
Hay en cualquiera parte de la via,
Que desde un cabo á otro no se vea,
Segun la retitud con que se guia:
De norte á sur Ozama la rodea,
Combátela la mar al mediodia,
Con un roquedo tal y tan seguro,
Que no puede formarse mejor muro.

Los que labraron casas con aviso
Francisco de Garay es el primero,
Después un frey Alonso fué del Viso,
Comendador y noble caballero;
Y el piloto Roldán, que nunca quiso
Perder aqui renombre de tercero,
El cuarto Joan Fernandez de las Varas,
Con curiosidades barto raras.

Después por el concierto regulado
Labraron otros muchos sus mansiones,
Y á la boca del puerto memorado,
Reparado de cubos y bastiones,
Hay un castillo fuerte fabricado,
Con pertrechos de grandes municiones,
Y cualquiera bajel que allí se encierra
Se puede descargar la plancha en tierra.

Alcaide del castillo que se tapia,
Encima del fortissimo roquedo,
Fué un hidalgo noble de prosapia,
Dijose Diego Lopez de Salcedo;
Después otro hidalgo dicho Tapia,
El tercero después el buen Oviedo,
Que es Gonzalo Fernandez, coronista,
Que yo conocí bien de trato y vista.

Insanas furias de contraria gente
Con gran dificultad pueden entralla,
Porque ya por la parte del poniente
La cerca potentissima muralla;
Es limpio puerto, fondo suficiente,
Ribera tan cabal cuanto se halla,
Con huertas, con jardines y heredades
De frutos de cien mil diversidades.

Otras riberas hay por excelencia,
La tierra mas adentro, muy amenas,
Porque ella tiene de circunferencia
Trescientas y cincuenta leguas buenas;
Los temples son de gran benevolencia,
Pues frios ó calores no dan penas;
Hácela sobre todo mas loable
Estrella principal y favorable.

Porque todos los mas, allí nacidos,
Para grandes negocios son bastantes,
Entendimientos hay esclarecidos
Escogidissimos estudiantes;
En lenguas, en primores, en vestidos
No menos curiosos que elegantes,
Hay tan buenos poetas, que su sobra
Pudiera dar valor á nuestra obra.

Hay Diego de Guzmán y Joan su primo,
Y el inclito canónigo Liendo,
Que pueden bien linar esto que limo,
Y estarse de mis versos sonriendo;
Quisiera yo tenellos por arrimo
En esto que trabajo componiendo,
Y aun Arce de Quirós me fuera guia
Para salir mejor con mi porfia.

Otros conocí yo también vecinos,
Nacidos en el orbe castellano,
Que en la dificultad de mis caminos
Pudieran alentarme con su mano;
Y son por cierto de memoria dinos,
Villasirga y el doto Bejarano;
No guaiara tampoco mal mi paso
El desdichado don Lorenzo Laso.

Hay linajes ilustres de varones
Descendientes de grandes capitanes,
Como son los Villorias y Lebrones,
Agüeros y Verdecias y Bazanes,
Los Avilas, los Vargas, y blasones
De Mendozas, Manriques y Guzmanes,
Con otros generosos que no cuento,
A causa de faltar conocimiento.

Aquella nobilissima influencia
Hace la gente grata, comedida,
Con gracia, con facundia y elocuencia,
Jamás á demasia convertida;
Hay una natural magnificencia
De gente forastera conocida,
Pues allí sin dineros y sin renta
En el punto que trajo se sustenta.

Quien entra por buen orden y concierto
No lo dejan caer por ningún arte,
En aquesta ciudad y en este puerto
Ha tenido valor el duro Marte;
Pues todos los que bien han descubierto
De aquí salieron por la mayor parte,
Y muchos en el tiempo del Ovando
De cuyas alabanzas voy tratando.

El cual rigiendo varias condiciones
Por vías justas, santas y discretas,
Anacaona llena de pasiones
Usaba todavía de sus tretas,
Intentando mover rebeliones,
Las cuales no pudieron ser secretas:
Destos primeros fueron los higüeyes,
Con quien usó de rigurosas leyes.

Llana ya la provincia que se apunta,
La dicha, con astucias no necesitadas,
Solicitó después crecida junta
De muy grandes caciques y señores;
Mas como su designo se barrunta,
El Ovando prendió sus valedores,
Y á ella, que sin fuerza ni conflicto
Confesó claramente su delito.

Conocía ser cosa conveniente
Asegurarse guerra tan molesta;
Mandaron ahorcar públicamente
Esta mujer lasciva, deshonesta,
Puesto que varonil, sagaz, prudente,
Y á quien todos hacían grande fiesta;
Dejó hija que dicen Aguaymota,
No de sus condiciones muy remota.

Hacia mil asaltos Guarocuya,
Con gentes y poder nada sencillo,
Por ser Anacaona tia suya;
Y fueron luego para destruído,
Y para que la guerra se concluya,
Diego Velazquez, y un Rodrigo Trillo,
Y no valiéndole su valentía,
Al fin murió la muerte que la tia.

Ovando, recelando los vaivenes
Que causan estos tales movimientos,
Conociéndolos ser flacos de sienes
Y mudables á cualesquiera vientos,
Tomó de los demás grandes rehenes,
Que tuvieron en mas que juramentos;
Venció los de Guahava Amiguayagua,
Pobló pueblo en el lago de Jaragua.

Santa María Pacis la llamaron,
O de la Paz en lengua castellana,
Pues en ella las guerras acabaron,
Y allí gozó de paz gente cristiana;
Mas estos moradores se pasaron
A la villa que llaman la Yaguana:
Fué gente de valor y gran concierto,
Y pasaron allí por ser buen puerto.

Luego la isla toda se dilata
Aquí y allí con población cristiana,
Pobló Puerto Real, Puerto de Plata,
Azua, Buenaventura, la Maguana;
Aguahava, de quien atrás se trata,
Ayaquino, confin del Ayaguaya:
Es finalmente cosa muy notoria
Que hizo hechos dignos de memoria.

Al tiempo que esta isla se gozaba
Con el gobierno santo que tenía,
El don Diego Colon en corte estaba
Con su bella mujer doña Maria,
Y con instancia grande negociaba
El cargo que su padre poseía,
Y el duque de Alba, príncipe potente,
Favorecía como pariente.

Pues como mucha priesa se le diese
Al rey en estas cosas que discernió,
Y también en memoria se tuviese
Servicio de los tios y paterno,
Al Ovando mandó que se viniese,
Y al don Diego dejase su gobierno;
La cual mudanza toda nuestra gente
No dejó de sentir pesadamente.

Todos generalmente lo tuvieron
Por persona cabal, santa, bendita;
Comuniqué con hombres que lo vieron
El tiempo de quien esto se recita:
Conoci muchos que lo conocieron,
Vecinos de Cubagua y Margarita,
Como Rojas el viejo, y Villafranca,
Riberos natural de Salamanca.

Fué hombre grave, pero tan modesto,
Que no pasó de lo que convenia;
Para cualquier trabajo bien dispuesto,
Pues como buen soldado lo sufría:
Caritativo, sabio, casto, honesto,
Dignísimo del cargo que tenía,
Y así mucho después desta partida,
La muerte del fué tal cual fué su vida.

El tiempo que en las Indias fué vecino
Partió su renta con necesitados,
Y así, para volver adonde vino,
Buscó quinientos pesos empréstados
Para matalotaje del camino,
Y la comida del y sus criados,
Que fué para juez cosa muy nueva,
Y de su buen vivir bastante prueba.

Es cosa que se vido raras veces,
Y que podreis contar por maravilla,
Venir hombres á Indias por jueces
Y no llevar dineros á Castilla;
Pues muchos en juguetes y belheces
Gastan mas que demanda su costilla:
Montó su sueldo quiníce, gastó treinta,
Y al fin lo veis después con larga renta.

Por ventura vereis muchos varones,
Que por los intereses que pretenden
Están muy fuera destas opiniones,
Aunque bastantemente las entienden;
Pero si fueren vanas mis razones,
Los bien intencionados las enmiendan;
Que si personas tales lo miraren
Bien hallarán aquí donde reparen.

Aquí no vereis estos señalados,
Sino por unos términos medidos,
Los buenos por sus nombres alabados,
Los malos en comun reprehendidos:
Honro los que merecen ser honrados
Repreheniendo perversos atrevidos,
Que sin ley, y sin rey, y sin enmienda
A cualquiera maldad sueltan la rienda.

Mas no paremos mas en este fuego,
Que podía quemar al circunstante;
Dejemos al Ovando con sosiego
Y en gracia de sus reyes adelante;
Digamos lo que resta de don Diego,
Hijo de don Cristóbal, almirante,
Y por poder echar mejor el sello
Hagamos nuevo canto para ello.

CANTO SEGUNDO,

Donde se tratan las variedades que hubo en este gobierno, la venida del licenciado Alonso de Zuazo, y muerte de don Diego Colon.

Suelen parir cien mil inconvenientes
Diversos pareceres en un seno,
Donde hay parcialidades diferentes
Lo bueno hacen malo, y malo bueno:
De todos los pasados y presentes
Envidia fué pestífero veneno;
Los cargos y los prósperos caudales
Andan acompañados destos males.

Pues como los jueces ya pasados
Tuviesen diferentes condiciones,
Tenía cada cual apasionados,
Públicas y secretas aficiones,
Y no todos estaban olvidados
Del soberbio mandar de los Colonés:
De manera que destos cambios hechos
Algunos no quedaron satisfechos.

Mas don Diego Colon su via mueve
Con fausto principal flota bastante,
Y los cargos que el rey manda que lleve
Que fueron de virey y de almirante;
Y en julio de quinientos y mas nueve
Entró por aquel puerto muy pujante
Siendo con gran aplauso recebido,
O ya fuese de veras ó fingido.

Desembarcóse con la compañía
Que al cargo de virey era decente,
Y su cabal mujer doña Maria
De la gran casa de Alba descendiente:
Grandes fiestas hicieron aquel dia
Y muchos juegos mas en el siguiente,
Demás de regocijos y alegrias
Que duraron por mas de veinte dias.

Sacaron todos invenciones bellas
Manifestando prósperos caudales,
Porque vinieron damas y doncellas
Generosas, hermosas y cabales,
Que por haber entonces falta dellas
Se casaron con hombres principales.
Hubo toros, sortijas, juegos, cañas,
En que se daban todos buenas mañas.

Ejercicios que saben bien usallos
Por estos dichos puertos y fronteras,
Do tienen abundancia de caballos
Diestros en regocijos y carreras;
Y así los amos como los vasallos
Pueden ejercitallos en las veras;
Mestizos, indios, negros y mulatos
Siempre dan á caballos malos ratos.

Por recuestos, por cerros y collados,
O por la rasa cumbre de la sierra,
Se arrojan tras las vacas y ganados
De que hay infinidad en esta tierra,
Dejarretando toros madrigados
Del bravo cimarrón que no se encierra:
Y en esto son tan hábiles y diestros
Que pasarán do quiera por maestros.

Hacen esto con dejarretadera,
Que es una media luna bien sacada,
Con asta de fortísima madera
Que con gran fuerza llevan enristrada;
Y si ganados salen á carrera
Derriban cantidad de la manada,
Para solos los cueros que es hoy dia
Una muy caudalosa granjería.

Dado pues fin á los recibimientos,
Y acabadas las bodas y las fiestas,
Por ocasiones, trampas, chismes, cuentos
Que no faltan en tierras como estas,
Iban creciendo mil desabrimientos
Mil pleitos, mil demandas y respuestas,
Y escribieron al rey algunas cosas
Al don Diego Colon no provechosas.

No faltaban malsines y soeces
Que las personas nobles revolviessen;
Y como por gran número de veces
Las tales á los reyes escribiesen,
Vinieron licenciados por jueces
Que en las apelaciones conociesen,
Que fué, según constó del apariencia,
Una manera de real audiencia.

Al fin que desta trama salió lienzo,
Que no puede faltar en este suelo;
Fueron tres licenciados su comienzo:
Lucas Vazquez de Aillon y otro Marcelo
De Villalobos, Juan Ortiz Matienzo,
Al don Diego Colon ningún consuelo,
Y á quien nunca jamás fué buen tercero
Miguel de Pasamonte, tesorero.

Este con buenos celos ó pasiones,
Y otros vencidos dellas ó por ruego,
Escribieron al rey tales razones
Que llamó por sus cartas á don Diego;
El cual, vistas reales provisiones,
Sin les poner excusa partió luego,
Y en corte sus disculpas negociando
A sus dias dió fin el rey Fernando.

En aquel tiempo pues que esto pasaba
Por fin y muerte de los santos reyes,
Fray Francisco Jimenez gobernaba,
Las destas partes y las otras greyes;
El cual en estas Indias deseaba
Varones que guardasen santas leyes,
Y así mandó venir en una armada
Tres frailes dotos de la Mejorada.

De manera que en estos movimientos
De tantos reinos y tan estendidos,
Hicieron cuatro frailes dos conventos
Que no fueron entonces mal regidos:
Acá vinieron año de quinientos
Y mil y diez y seis eran corridos:
Había mucho antes gobernado
Un Cristóbal Lebron, buen licenciado.

Después de tanta grita y embarazo,
Que confunde los hombres mas cabales,
El licenciado Alonso de Zuazo
Llegó también con cédulas reales,
No con menos poder ni menos brazo
Para todas las causas criminales,
Y para que tomase residencia
A todos oficiales del audiencia.

Estos frailes y a queste licenciado,
Que con ellos mandaba juntamente,
Con peso de razon y de cuidado
Lo gobernaban todo santamente:
El régimen andaba concertado,
Cada cual se mostraba diligente
En que se dotrasen naturales,
Y no se les hiciesen tantos males.

Estaba pues la isla bien regida,
Aumentáronse casas y haciendas,
Fué toda la ciudad bien proveida,
Cesaron muchos pleitos y contiendas;
Dieron muy buen ejemplo de su vida,
Sin pretension de bienes ni haciendas,
Como deben hacello religiosos
A quien parece mal ser cudiciosos.

Que vanos edificios edifica
Quien hurta castigando los ladrones,
Reprueba con rigor la vida rica,
Y allega las riquezas á montones;
Decir que no forniquen y fornicia,
Que huyan sin huir las ocasiones,
Quitán al pecador donde tropieza,
Y nunca guardan ellos su cabeza.

El cuidadoso gallo vigilante
A sus debidas horas cantar quiere,
Mas antes que dé voces y que cante,
Sacude bien las alas y se hiere:
Es menester que sea semejante
Aquel que predicare y que rigiere;
Dar voces, pero cumple ser su vida
Primero de vilezas sacudida.

Algunos si por bandos y reuestras
Se llegan á mortíferas lanzadas,
Muy poco sin estar las manos prestas
Valdrian las palabras esforzadas;
Pues ¿qué valdrán acá las bien compuestas,
Estando buenas obras olvidadas?
A bien librar el hombre que mas gana
Será como sonido de campana.

Podría ser galán ejemplo nuestro
Aquel que en Israel tuvo juzgado,
Que porque de dos manos era diestro,
Es en divinas letras celebrado:
Así lo debe ser el buen maestro,
A estas flacas gentes enviado;
Que mueven las palabras vivos templos,
Si van acompañadas con ejemplos.

Prosiguiendo los frailes sus intentos,
Por el loable modo que solían,
Dieron en remover repartimientos
De hidalgos que en corte residían:
Por ausencias y malos tratamientos,
Que en miserables indios se hacían,
De donde resultaron muchas quejas,
Que á tales intereses son anejas.

Cuando crecía pues aquesta saña,
Que fué harto mayor que yo la pinto,
Zuazo no se daba menos maña,
Antes iba por orden no distinto:
Y entonces ya gozaban en España
Del bienaventurado Carlos quinto,
Ante quien por palabras nada blandas
Pusieron grandes pleitos y demandas.

Sus indios demandaba la cuadrilla,
Pero ninguno fué restituído;
Los frailes se volvieron á Castilla,
Su Majestad se tuvo por servido
Del tiempo que estavieron en la silla,
Con lo que mas habian proveído;
Y los de la ya dicha competencia
Contra Zuazo piden residencia.

Los emulos y duros querellantes
Granjearon juez algo tirano,
Mas él dió sus descargos tan bastantes,
Cuanto los pudo dar un buen cristiano;
Y así quedó con honra como antes,
Puesto que de juez ninguna mano,
Hasta después que por persona diña
A gobernar pasó la Fernandina.

Fué pues de los tres frailes un colega,
Figuerola, prior cerca de Olmedo,
Que fué segundo obispo de la Yega;
El otro fray Domingo de Quevedo,
Que tuvo por prior San Joan de Ortega;
Otro fray Bernardino Manzanedo,
A quien el rey honró con premios largos,
Y acabaron después con grandes cargos.

Tratando pues Colon por su presencia
Sus pleitos en honor y en interese,
El rey para venir le dió licencia,
Sin que ninguna cosa concluyese.
Con el reposo siempre de la audiencia,
De los negocios que él mal proveyese,
Que no le consentian un cabello,
Y muy poco después les vino sello.

Llegado nuestro noble caballero
Al puerto de la Ozama conocido,
Aunque no con aquel fausto primero,
De todos ellos fué bien recibido:
Tuvo contentamiento mas entero
La vireina de ver á su marido;
Los años que contaron al presente,
Fueron mil y quinientos y mas veinte.

No solamente voluntad sincera,
Pero también los pechos descontentos,
Amistad le mostraban verdadera,
Sin puntas de pasados movimientos;
Mas no fué su contento de manera
Que pudiese huir desabrimientos,
A lo menos por las rebeliones,
Intentadas por negros cimarrones.

El caso sucedió por esta via:
Los hombres de riquezas codiciosos,
Visto lo que la tierra prometia,
Para mejor hacellos caudalosos,
Dieron una grande granjeria,
Que fué hacer ingenios poderosos
Para moler azúcar, y el intento
Ha venido después en crecimiento.

El inventor primero desta cosa,
Que primero lo dió perfeccionado,
Dicen que fué Gonzalo de Velosa,
Varon por buenas letras estimado:
De la cual granjeria provechosa
Fué rico de caudal multiplicado,
Y en este nuevo reino tiene nietas,
En ser, valor y lustre muy perfitas.

Doña Luisa, otra Gastianira,
A quien Homero pinta soberana,
La segunda se dice doña Elvira,
Y la menor de todas doña Ana:
Virtud, bondad, honor, aquí se mira;
Belleza, discrecion, vida cristiana,
Casadas con ilustres caballeros,
Y cada cual con muchos herederos.

Sus maridos, varones singulares
Do quier que se mostró bélica mano,
Señalados por tierras y por mares
Con virtud y renombre soberano,
Son Avendaño y Gregorio Suarez,
Y Anton de Castro, noble lusitano:
Cuyas proezas grandes, Dios mediante,
Confio que diremos adelante.

Pues el sabio Velosa persevera
Haciendo dos ingenios escogidos,
En Niguayen, y Aguata y su ribera,
Del cual ejemplo muchos son movidos,
Queriendo caminar por su carrera,
Orillas de los rios conocidos:
Como fué Pasamonte, tesorero,
Y el secretario Diego Caballero.

Otro mucho mejor y mas pujante,
Abajo del que tengo ya nombrado,
Es del señor Colon el almirante;
Otro hizo también Francisco Prado;
Y no quiero pasar mas adelante
Contando los que se han edificado,
Porque, ponellos todos por escrito
Seria proceder en infinito.

Destos cada cual es un señorío,
Gentil y principal heredamiento;
Tienen necesidad de gran gentío
Para tener cabal aviamiento;
Faltaba ya de indios el avío
Por el universal acabamiento,
De suerte que hay en estas heredades
Negros en escesivas cantidades.

Tienen la tierra tal cual se desea
En temple y abundancia cosa rica,
En grande aumento va cada ralea,
Y con grande vigor se multiplica,
Tanto, que ya parecen ser Guinea,
Haiti, Cuba, Sant Joan y Jamaica:
Destos son los Gilosos muy guerreros
Con vana presuncion de caballeros.

Movidos estos desta lozania
Y sobre gran acuerdo, se juntaron
De la Natividad segundo dia,
Año de veinte y dos que se contaron;
Y luego con soberbia valentia
Haciendas poderosas asolaron,
Tanto que casi no dejaron rastro
En la que fué de Melchior de Castro.

La furia destas furias mas se ceba
Sin que dejen mamante ni piante;
El riguroso trance desta nueva,
Con muertos españoles por delante,
Con la priesa posible se le lleva
A don Diego Colon el almirante,
El cual con el calor que convenia
Partió tras la proterva compania.

Por atajar con brevedad los males,
Recogió de soldados hasta ciento,
Mas luego caballeros principales
Fueron por le servir en seguimiento;
Hallaron luego rastros y señales,
Envueltos en rigor sanguinolento,
Siguiéron las pisadas aquel dia,
Hasta que ya la noche se venia.

En Nizao paró la compania
Por causa de la noche tenebrosa,
Mas Melchior de Castro no dormia,
Que por lo que llevaban no reposa;
Hurtoso del real, siguió la via
Que llevaba la gente belicosa,
Con un criado suyo, que llevallo
Quiso, por ser buen hombre de a caballo.

Colon, que luego supo la demanda
Del que llevaba vivos los aceros,
A Francisco de Avila le manda
Que lo siga con ocho caballeros:
Con tal que si topasen con la banda
De los viles y barbaros guerreros,
Se los entretuviesen cuerdamente
En tanto que llegaba con la gente.

En un camino ancho, bien hollado,
Se juntaron los once que ya digo,
Y brevecillo trecho caminado
Sienten el escuadron del enemigo
De todas armas bien aderezado,
Y no de centinelas sin abrigo,
Con cuya grita cada cual despierto
Se pusieron en orden y concierto.

Hacen ostentacion de su presencia,
Diciendo: «Viles, no tenemos miedo,
Pues pensamos hacer la resistencia
Como valientes hombres á pié quedo.»
Faltóles á los once la paciencia,
Rompiendo con grandísimo denuedo
Por aquel escuadron embravecido,
Dejando cada cual uno teñido.

Con todos sus pertrechos y reguardos
Se rebizo muy presto la compania,
Con infinitas flechas, lanzas, dardos,
En que se daban todos buena maña;
Pero los once nuestros no son tardos
En volver con furor de mayor saña;
Fué la breve batalla bien remida,
Y al cabo los pusieron en huida.

El reencuentro concluso y acabado
Y el escuadron de negros ya vencido,
El don Diego Colon llegó cansado
Con presurosos pasos al ruido:
Uno destes salió descalabrado,
Y el Melchior de Castro mal herido,
Pasada de los dardos una mano,
Pero no tardó mes en verse sano.

Remediados aquestos desatinos,
Tan necesariamente remediados,
Poblaron las calzadas y caminos
De negros por justicia castigados;
Sosegaronse todos los vecinos
Que estaban de temor sobresaltados,
Y otros hubo después, aunque no luego,
Que causaron mortal desasosiego.

Fué un Enrique pues, indio ladino,
Que supo bien la lengua castellana,
Cacique principal, harto vecino
Al pueblo de San Joan de la Maguana:
Usóse con el cierto desatino
Por su mujer que fué también cristiana:
Era gentil letor, gran escribano,
Y en estas islas tuvo grande mano.

Por no poder templar la destemplanza
De aquella pesadísima zozobra,
Porque el honor que pierde tal usanza
Para siempre jamás nunca se cobra,
Vinole pensamiento de venganza,
El cual efectuó con mala obra;
Y así con principal gente de guerra
Escogió lo mas fuerte de una sierra.

Esta sierra se dice del Bauruco,
Cuyas cumbres son sumas en alteza,
Piedras, matas, espinas, arcabuco,
Allí hacen comun el aspereza:
No romperá lombarda, ni trabuco,
Las bravas espesuras de maleza;
Tiene lago que hoja su aparenca
Catorce leguas de circunferencia.

Entremetido pues en estas breñas
Para principiar el mal que piensa,
Hizo canoas grandes y pequeñas,
Formando su guarida mas estensa;
Porque si discrepase de las peñas
El agua le sirviese de defensa,
Con otras infinitas prevenciones
Que piensan fugitivos y ladrones.

Desde las asperezas desta sierra
Su gran rebelion continuando,
Hacia mil asaltos por la tierra
Matando, destruyendo y abrasando;
Ejerció con gran valor la guerra,
Con obra de cien indios de su bando,
Y un su capitán dicho Tamayo
Que para ningun mal mostró desmayo.

Eran los desafueros y los daños
Sin querer perdonar cosa viviente,
Libróse de celadas y de engaños,
Sin sucedelle mal inconveniente;
Y sustentó la guerra trece años
Con harto deshonor de nuestra gente
Robaron crecidísimos caudales
Con muertes de personas principales.

Admiranse, letor, entendimientos,
De que cuando hallaron estos mares
Varones poco mas de cuatrocientos
Venciesen á millares de millares,
Y temblasen agora de doscientos
Tantas ciudades, villas y lugares;
Mas entonces el hombre vaquiño
No soltaba las armas de la mano.

No comia guisados con canela,
No confites, ni dulces canelones,
Su mas cierto dormir era la vela,
Las duras armas eran los colchones,
El almohada blanda la rodela,
Cojines los penaseos y terrones,
Y los manjares dulces, regalados,
Dos puños de maices mal tostados.

Abrió á prima noche las pestañas,
Con ojo vigilante, claro, puro,
Por ver lumbres de ranchos ó cabañas,
A fin de salteallos con escuro;
Quebrándose los ojos por montañas,
Do cualquiera pensara ser seguro,
Y aunque mas se velasen los isleños,
A media noche dalles negros sueños.

A tino caminaban y sin guías
Por setecientos mil despenaderos,
Y muchos tan destrisimas espías,
Que nunca perros fueron tan rastrosos:
De ramos se cubrian en los dias
Si se mostraban rasos los otros,
De noche por quebradas y por rios,
Hasta que ya topaban los bubios.

Fáltanles muchas veces acogidas,
Excepto las montañas y quebradas,
Las aguas de los cielos muy crecidas,
Las mas que viles ropas empapadas;
De tierra repentinamente avenidas
Que escudos le llevaban y celadas,
Y entonces, los no tales y los buenos,
Quedaban con las manos en los senos.

Y estando sin espadas y rodela,
Desnudos, en pañetes ó vestidos,
Osaban cometer á centinelas
De indios, que velaban advertidos,
Y presas las escuchas ó las velas,
Robarlos descuidados y dormidos,
E ya, de los trabajos olvidados,
Volviañse contentos y pagados.

Podríamos en estos tales cuentos
Gastar y consumir noches y dias,
Refiriendo cien mil atrevimientos,
Hechos, hazañas, suertes, valentias,
Que solian hacer hombres hambrientos
En los antiguos y pasados dias,
Donde tullidos, cojos, mancos, sanos,
Cada cual se valía de sus manos.

Mas ya no hallareis tales mozuolos,
En escuela de Marte ni Minerva,
Pues todos huyen destes desconsuelos,
Y dicen que las flechas tienen yerba;
Hay hojaladres, pasteles y bunuelos,
Hay hotes y barriles de conserva,
Hay cedazo, harnero, y hay zaranda,
Y sábeles muy bien la cama blanda.

Por faltar pues entonces fuerte gente,
Y usarse ya sonetos y canciones,
El Enrique se hizo tan valiente,
Saliendo siempre con sus intenciones;
Andando pues el indio delincuente
Causando semejantes turbaciones,
Y dando de valor bastante prueba,
Al gran emperador llegó la nueva.

El cual, por atraer á su servicio
Este venturosísimo tirano,
Le perdonó cualquiera maleficio,
Escribiéndole carta de su mano;
Donde se le mostraba muy propicio,
Si dejase furor tan inhumano,
Y donde no, si punto se detiene,
Se le dará castigo cual conviene.

Vino la carta para don Enrique,
Porque el emperador así le llama;
Mas, ¿quién habrá que se la notifique
En todos los confines de la Ozama?
Porque demás de no tener á pique
Al dicho, tiemblan todos de su fama;
Teníanlos por trabajosos lances,
Y echaban mil juicios y balances.

Como trajo la carta de clemencia
El capitán Francisco Barrio-Nuevo,
Hombre de gran valor y gran prudencia,
A quien el riesgo fué de poco cebo,
Habló con los señores del audiencia,
Diciéndoles: «la carta yo la llevo,
A mí me viene bien este viaje,
E yo quiero hacer este mensaje.»

De perceber oferta semejante
A los jueces altos no les pesa,
Porque sabían ser hombre bastante
Para tomar á pechos el empresa;
Reconociendo del de mucho arte
Que no fué gavilán de poca presa;
Y concordés en estos pareceres,
Le dieron los recados y poderes.

Por la mejor manera que convino,
Pertrechos necesarios proveídos,
Seguía por la costa su camino
Con treinta compañeros escogidos;
Y dos meses gastó hasta que vino
A descubrir los indios recogidos,
Trastornando las cumbres y quebradas,
Sin poder hallar rastro ni pisadas.

Después de tantos días, cierto día
En unas espesuras donde estaba,
Todos los desta noble compañía
Oyeron una hacha que cortaba;
Tomaron por acechos esta guía
Que con temores grandes los guiaba,
Y por vía de breñas importuna
Pudieron allegar á la laguna.

Aquí llegó con hasta diez soldados,
Dejando los demás en la zavana;
Vió indios en canoas bien armados,
Que le hablaron lengua castellana;
De su venida fueron avisados,
Y cuanto de la buena paz se gana,
Que le llamasen luego su cacique,
Y que bien sabían ser el don Enrique.

Sin muestra de ningún desasosiego,
Los indios con temor ó con recato
Dijeron no poder cumplir su ruego,
Porque estaba de allí prolijo rato;
Mas Barrio-Nuevo hizo pasar luego
Para se lo llamar cierto mulato,
Y dadas las razones de quien era,
Determinó venir á la ribera.

Al tiempo que los dos se ven la frente
En diferentes puestos y riberas,
Quitaron los sombreros juntamente,
Y el Enrique habló de sus laderas:
«Pase vuestra merced seguramente,
Que aquí le serviremos muy de veras.»
Pasaron á la parte de sus tambos,
Y abrazos de amistad se dieron ambos.

Debajo de un mamey, árbol umbroso
Que frutos á la vista representa,
Se sentaron entrambos de reposo
A la sombra y frescor que les contenta;
La carta del monarca poderoso
Le dió con relación de larga cuenta,
La cual consideró por larga pieza,
Y puso luego sobre su cabeza.

Acerca del perdón que represento
Tuvieron sus demandas y respuestas,
Usando de comun comedimiento.
A los cristianos hizo grandes fiestas;
Hizo de capitanes llamamiento,
Diciendo: «buenas bulas son aquestas;
No cumple ya dejallas de la mano,
Pues las envía rey tan soberano.»

Vinieron todos con brazos abiertos
A bien que tanto bien les ofrecía;
El don Enrique hizo los conciertos
Con la seguridad que convenía;
Dejó las asperezas destos puertos,
Volvióse do primero residia,
Su vida fué después vida segura,
Y así se concluyó guerra tan dura.

De los de mas pesados movimientos,
El negro Lemba fué principalmente,
Que juntó negros mas de cuatrocientos,
Acandillandolos varonilmente;
Fué negro de perversos pensamientos,
Atrevido, sagaz, fuerte, valiente,
Y en su rebelión de muchos años
La tierra padeció notables daños.

Persona mal sabida, recatada,
En todas sus astucias otro davo,
En el asalto de cualquier entrada
Diligente, feroz, cruel y bravo;
Y en este nuevo reino de Granada
Tuve yo nieto suyo por esclavo:
Muchacho, pero tales sus costumbres,
Que me daba no pocas pesadumbres.

Pocas cosas había del seguras
Por ser lobo cerval de gran destreza,
En embustes, marañas, travesuras,
En astucias, cautelas y viveza:
Una de las mas malas criaturas
Que creo que formó naturaleza,
Y antes de reventar mas demasias
Aguza rápida dió fin á sus dias.

Sus fines no causaron desconsuelo,
Antes su desventura fué propicia;
Pues si viviera mas este mozouelo,
Segun iba creciendo su malicia,
Venciera las maldades del abuelo,
A quien después mataron por justicia:
Alzose después del un Joan Vaquero,
El cual vino también á pagadero.

Porque durante las rebeliones,
Cuya gran pesadumbre fué notoria,
Hubo soldados diestros y varones
Dignísimos por cierto de memoria:
Pues allanaban estos tropezones
Gozando de grandísima victoria,
Haciendo siempre lances principales
En aquestos guerreros infernales.

Uno destos que vamos relatando
Aunque con pluma ya poca liviana,
Se decia Fulano Villalpando,
A quien llamaban barbas de zavana:
Para cualquier trabajo nada blando,
Rojo, de proporción algo mediana,
Pero por bosques, cumbres, montes agros,
Hizo cosas que son como milagros.

De los que peleaban á su lado
Podríamos hacer bien larga sarta;
Destos Joan Freyle fué muy afamado;
Y en ver y rastrear viveza harta
Un Joan Rodríguez, otro buen soldado,
Que yo traté después en Santa Marta,
Un Joan, canario negro, con su perro,
Que casi de rason no tuvo yerro.

Otro buen capitán, hombre bastante
En la misma sazón, se dijo Vera,
Que ninguno pasó mas adelante
En la dificultad desta cavera;
Pero volvámonos al almirante,
Que grandes ratos ha que nos espera;
Y á él también esperan desafueros
Que fueron de su vida los posteros.

Estaban los vecinos sosegados,
Quietos en sus casas y viviendas;
Mas como donde quiera que hay letrados,
No pueden faltar pleitos ni contiendas,
Variedades, procesos fulminados,
Tocantes á personas y haciendas,
En las furias del cual desasosiego
Bravamente picaban al don Diego;

De muchas eminencias paternas
Procuran los oidores despojarlo:
Las causas y principios destos males
Por no sabellos bien aquí los callo;
Mas las informaciones fueron tales
Que el gran emperador mandó llamarlo,
El cual con obediencia comedida
Puso por orden luego su partida.

Llegado pues á la real presencia,
Tuvo con el fiscal grandes letijos,
Anduvo no sin grande diligencia,
Y con enojos mas que regocijos:
De donde resultó grave dolencia,
Y sin ver su mujer ni ver sus hijos
Partió de los trabajos deste suelo:
Déle Dios los descansos en el cielo.

Fué lindo y avisado cortesano,
De gratas y de nobles condiciones,
En miembros antes alto que mediano,
Gentiles y bien puestas proporciones;
Murió como católico cristiano,
Acompañándolo santos varones;
Dió fin á sus trabajos y tormentos
Año de veinte y seis sobre quinientos.

Dejó hijos que hoy han acabado,
Cristóbal y Luis el heredero,
Que vimos suceder en el estado,
Gentil y cortésano caballero:
Puesto que por mujeres derramado,
Y en se saber valer no muy entero,
Por no dejar aqueste quien herede,
Hijo de don Cristóbal le sucede.

La vireina sintió por maravilla
El fin del marital contentamiento;
Si grandes llantos hacen en Castilla,
En Indias increíble sentimiento:
Fueron también las cuevas de Sevilla
Depósito del tal enterramiento,
Y allí donde sus miembros fueron puestos
Dos dísticos pusieron como estos.

*Hic maris Indorum profectus conditur ille
Ad quem pro meritis sua inamica fuit.
Munera percipit vivo concessa parenti:
At cum divitiis tristia fata simul.*

Aquí yace el almirante
De la nueva monarquía,
A quien, si bado podía,
Lo puso menos delante
De aquello que merecía.

Heredó, según los tales,
Los oficios paternales;
Pero con tantos vaivenes,
Que en la herencia de los bienes
También heredó los males.

ELEGIA VI.

A la muerte de JOAN PONCE DE LEÓN, donde se cuenta
la conquista del Boriquén, con otras muchas particu-
laridades.

CANTO PRIMERO.

Voz de mi ronco pecho, que profesa
Grandes cosas en versos apacibles,
Desea perfección en su promesa,
Con muertes de varones invencibles;
E ya Joan Ponce de León da priesa
Con hechos que parecen imposibles;
Pues tuvo, como fué cosa notoria,
En muy menos la vida que la gloria.

Este hidalgo fué cual le convino
A la Belona fiera y á sus artes,
Y con el gran Colon hizo camino
Debajo de guerreros estandartes;
En aquella segunda vez que vino
A los descubrimientos destas partes,
Señaló grandemente su persona
En allanar la gran Anacaona.

En Higuey, de quien ya hecimos lista,
Por Nicolás de Ovando fué justicia,
Donde por indio que habló de vista,
Del rico Boriquén tuvo noticia;
Pidió con gran instancia la conquista,
Por ser empresa digna de codicia;
Ovando se la dió, y á muchas gentes
Condutas de conquistas diferentes.

Porque cuando Hayti se combatía
Había caballeros generosos,
Señaladísimos en valentía,
De mayores empresas codiciosos:
Así cada cual dellos pretendía
Conduta de gobiernos honorosos,
Para mejor probar su fuerte diestra,
Y dar de su valor mas clara muestra.

El comendador pues se determina
De dar do se conquiste gente rica:
A Velazquez le dió la Fernandina,
Y al capitán Garay á Jamaica;
Ser desto cada cual persona dina,
Por larga prueba ya se certifica,
Y al Ponce de León, con largo mando,
El Boriquén, á quien me voy llegando.

En diez y siete y diez y ocho grados
Se suele computar altura deste;
Los diámetros tienen prolongados
Cincuenta y cinco leguas leste oeste;
Rodéala por puntas y por lados
De belicosa gente brava hueste;
Hecho y fama tiene de guerrera,
Porque de los caribes es frontera.

Por treinta leguas hace sus desvíos
De los Haytíes ya conmemorados;
Van por su medio montes poco frios,
Porque los aires son todos templados;
Vierten á todas partes dulces ríos,
Cuyas arenas son granos dorados,
Sus recodos, remansos, vertederos
Abundan de riquísimos veneros.

A la parte del norte Cairabone,
Que mas que todo agua multiplica,
Mas al oriente corre Tainiabone,
Cuyas vertientes son de tierra rica;
Otro también se llama Bayamone,
Y el que nombró Luisa la cacica,
Camuy, Culibrimas, y el Aguada,
De fértiles labranzas cultivada.

El Mayaguex al sur hace su playa,
Y allá sus aguas Coriguex derrama,
Al oriente demora Baramaya,
Jacagua, y el que dicen de Guayama;
Macao, Guayaney y Guibayana,
Menos ricos que otros, según fama,
Pero ninguno dellos falto de oro,
Y en todas sus riberas gran decoro.

Teniendo pues Joan Ponce preparada
Su gente con poderes que le dieron,
En seguimiento fué de su jornada,
Con lenguas de Hayti que lo siguieron;
Y porque por San Joan fué su llegada,
San Joan de Puerto-Rico le pusieron;
Desembarcó la gente que traía
En playa y arenal de una bahía.

La tierra se mostró de buen talante,
Para tales designios conviniente;
Gran cantidad de indios ven delante,
Que salen á mirar la nueva gente,
Pacífico mostraban el semblante,
Sin muestra ni meneo diferente;
El rey Agueibaná también venía
Con una madre vieja que tenía.

Llegaron á la playa conocida
Hablaron á la gente que llevaba,
Regocijaronse con la venida,
Segun en los aspetos se mostraba;
Y con las mismas muestras los convidó
Joan Ponce que con lenguas les hablaba,
Diciéndoles venir aquellas gentes
Para ser sus vecinos y parientes.